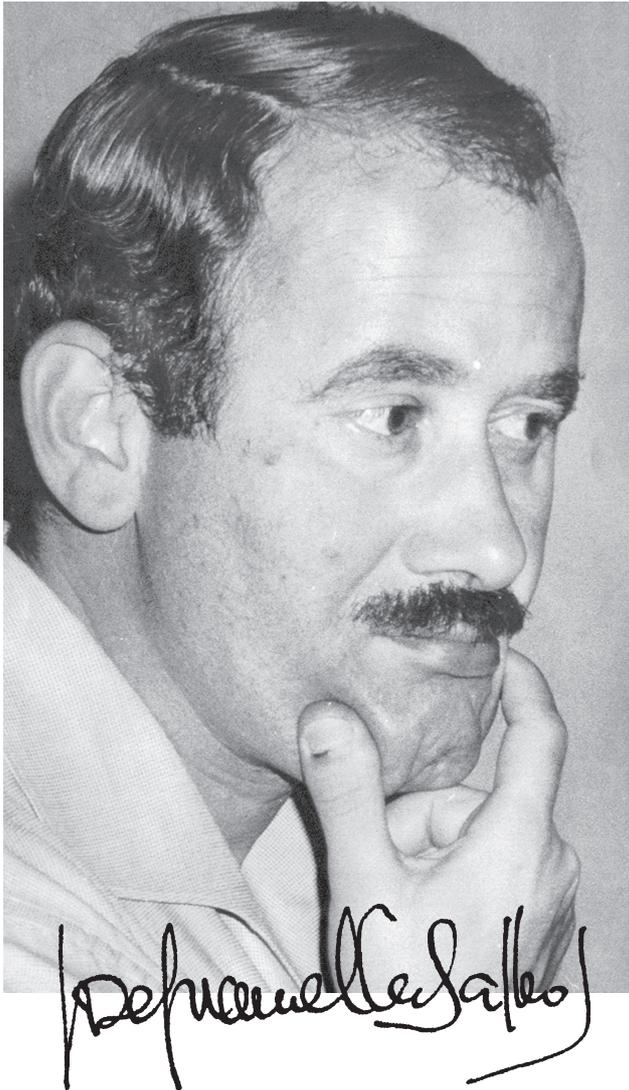




CLÁSICOS
CASTALIA

—
DOS DÍAS
DE SETIEMBRE

COLECCIÓN DIRIGIDA POR
PABLO JAURALDE POU



El autor en 1965. Debajo: firma autógrafa de la misma época.

**JOSÉ MANUEL
CABALLERO BONALD**

**DOS DÍAS
DE
SETIEMBRE**

EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE
FRANCISCO GUTIÉRREZ CARBAJO



**CLÁSICOS
CASTALIA**



CASTALIA
EDICIONES

es un sello propiedad de edhasa



Diputación, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@edhasa.es

Consulte nuestra página web:

<https://www.castalia.es>

<https://www.edhasa.es>

Edición original en Castalia: 2005
Primera edición: noviembre de 2017

Ilustración de la cubierta: *Preparación de la pasa (Transportando la uva)*, Joaquín Sorolla. Óleo sobre lienzo, 1990, Museo de Bellas Artes, Oviedo

© José Manuel Caballero Bonald, 1960
(cedido por Seix Barral)

© de la edición: Francisco Gutiérrez Carbajo

© de la presente edición: Castalia Ediciones (Edhasa), 2017

ISBN 978-84-9740-795-3

Depósito Legal B. 24357-2017

Impreso en C.P.I.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

SUMARIO

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA	7
NOTICIA BIBLIOGRÁFICA	45
BIBLIOGRAFÍA SELECTA	49
NOTA PREVIA	57
<i>DOS DÍAS DE SETIEMBRE</i>	59
PRIMER DÍA	
VIENTO DE LEVANTE	
1. Cuando llegaron a las bardas	67
2. Apoyado en la pared, con las manos atrás	75
3. Don Andrés sentía unos vagos escrúpulos	85
4. La taberna tenía el suelo de terrizo...	96
5. Serafín cargó con la caja de botellas	109
6. ¿Qué quería ése?	128
7. Don Gabriel Varela se espabiló	142
8. La mujer, medio dormida aún	156
9. Miguel descorrió las cortinas...	177
10. Cuando mi madre murió	194
11. El pago de Monterrodilla caía a una legua	213
12. A las tres, a las cuatro, no se veía a nadie	232
SEGUNDO DÍA	
LA TORMENTA	
1. Uno de los arrumbadores se subió encima de la andana	249
2. Lucas atravesó el patio a oscuras	262
3. La tierra olía como si le hubieran abierto el vientre	274
4. Perico Montaña procuraba seguir	287
5. Ya hacía más de un año que había terminado la guerra	299

6. La cuneta se abría	313
7. Llenó una jarra de agua	324
8. Se complicó la cosa	335
9. Se paró al lado de la pared	345
10. Las butacas de mimbre se alineaban	357
11. Tuvieron que hacer columpiar la bota...	368
12. A la altura de la azotea	383
13. El urinario no tenía techo	393
ÍNDICE DE LÁMINAS	409

INTRODUCCIÓN

BIOGRÁFICA Y CRÍTICA

TRAYECTORIA VITAL Y LITERARIA DE CABALLERO BONALD

José Manuel Caballero Bonald nació en Jerez de la Frontera el día 11 de noviembre de 1926 y vivió hasta los diecisiete años en una casa de la calle Caballeros. Esta calle —asociada en su remota fantasía a su propio apellido— enlaza la plaza del Arenal con la de la Cruz Vieja y es la vía ordinaria para transitar entre el centro urbano y el barrio de San Miguel. Algunos de los acontecimientos de la infancia vividos en estos lugares adquieren el carácter de ficción en la novela *En la casa del padre*. En sus memorias no aparece narrado con exactitud cronológica el caudal de los recuerdos de los años infantiles y de los primeros de su adolescencia, aunque evoca con precisión dos efemérides: la elección de Azaña como presidente del gobierno y el golpe militar que daría paso a la guerra civil.¹ Otro recuerdo nítido es el de la primera vez que contempla el mar en Sanlúcar de Barrameda, el verano anterior al del comienzo del conflicto bélico. Desde entonces el mar, presente ya en sus primeras lecturas de Jack London y Joseph Conrad, formará parte decisiva de su rica imaginación y de sus vivencias.

¹ José Manuel Caballero Bonald, *Tiempo de guerras perdidas, La novela de la memoria I*, Barcelona, Anagrama, 1995, p. 30.

Pero sin duda fueron los horrores de la guerra los que marcaron a fuego su memoria y su visión herida de la realidad, que nos sacude y despierta desde sus páginas. Uno de los que sintió más próximo fue el del fusilamiento de don Ezequiel Dorrego, el médico de cabecera de la familia y viejo amigo de su abuelo Rafael: “Don Ezequiel había sido compañero de Negrín en la madrileña Facultad de Medicina y luego trabajó con él como fisiólogo. Ya afiliado al PSOE, propició de manera muy activa la alianza de los partidos de izquierda en el Frente Popular. Su nombre incluso había sonado como alcalde de Jerez poco antes del inicio de la guerra civil y eso bastó para que lo condenaran a muerte en consejo sumarísimo”.² A esa ejecución se sumarían la del enólogo Luciano Torrent, militante del POUM y colaborador de su tío Rafael en asuntos de corrección de vinos, y la del jefe local de abastos o de la fiscalía de tasas, encontrado muerto en circunstancias muy parecidas a las de un personaje que evoca Miguel en *Dos días de setiembre*. Es en esta novela precisamente donde emergen otras consecuencias nefastas de la guerra y de la inmediata posguerra, como el hambre y el frío, que constituyen igualmente el paisaje social del Jerez de esos años en sus memorias *Tiempo de guerras perdidas*. En ambos textos se testimonia el grado de miseria que se expandía, al mismo compás que los despotismos doctrinarios, por todos los atajos populares de la ciudad. Y si en su casa sólo se acusó ocasionalmente esa evidencia de escasez, recuerda a gentes desesperadas que llamaban a cualquier hora a la puerta, pidiendo un trozo de pan o una vieja prenda de abrigo. Parecía avecinarse el peligro inminente de una epidemia y de alguna incurable enfermedad. Pero ni en su casa ni en el colegio ocurrió nada de eso. Del recinto colegial se ausentó alguna vez, como Miguel en *Dos días de setiembre*, aunque nuestro autor lo hace para ver, en la función de tarde, películas como *El tigre de Esnapur*.

² José Manuel Caballero Bonald, *Tiempo de guerras perdidas*, p. 40.

Después de once años en el colegio de los Marianistas de Jerez —cuatro de primera enseñanza y siete de bachillerato, según el plan de estudios de 1942— y, sin duda debido a lo que su madre consideraba una de las fantasiosas inclinaciones de su carácter, se decide por la carrera de marino. En junio de 1944 realiza el ingreso en la Escuela Náutica de Cádiz y se adentra en un mundo donde le aguardaban las más impensables aventuras.³

El mar y la literatura, por lo que implican de libertad y de aventura, determinaron el rumbo de los estudios superiores. El joven estudiante encuentra notables diferencias entre las aulas de la Escuela Náutica de Cádiz y las de la Facultad de Letras de Sevilla: “Aquellas eran como más desordenadas y bulliciosas, mientras éstas mantenían una cierta rigidez, una solemnidad algo envarada. La facultad tenía todavía su sede en un viejo caserón de la calle Laraña, en pleno centro de la ciudad...”⁴ Junto a los manuales al uso, el autor lee por su cuenta las *Odas* de Horacio, las *Sátiras* de Juvenal y *The Rime of the Ancient Mariner* de Coleridge. En los programas de literatura ha de abordar el comentario de autores modernistas españoles e hispanoamericanos como Salvador Rueda, Juan Ramón Jiménez, Manuel Machado, Tomás Morales, Eduardo Marquina, Francisco Villaespesa, Rubén Darío, Herrera y Reissig, Gutiérrez Nájera y Leopoldo Lugones. De todos ellos, le supuso un singular descubrimiento la poesía de Tomás Morales, sin duda debido a esa “impregnación marítima, de húmeda y ondulante narratividad, de fraseo especialmente bien musicado, que regula la mayor parte de su obra”.⁵ A estas lecturas habría que añadir, entre otras, las de los simbolistas franceses Apollinaire, Michaux, Lautréamont, Mallarmé, Rimbaud y Baudelaire. *Pequeños*

³ José Manuel Caballero Bonald, *Tiempo de guerras perdidas*, p. 148.

⁴ José Manuel Caballero Bonald, *Tiempo de guerras perdidas*, p. 207.

⁵ José Manuel Caballero Bonald, *Tiempo de guerras perdidas*, p. 211.

poemas en prosa (Petits poèmes en prose) de Baudelaire e *Iluminaciones (Illuminations)* de Rimbaud le descubren un mundo poético de especiales relumbres.

Al autor no sólo le interesa estudiar los asuntos y las técnicas constructivas de los textos literarios para incorporarlas a su propia creación, sino que desea también transmitir esas claves a los demás, y ese reto le llevó a impartir clases en la Universidad Nacional de Colombia y en el Brinn Mawr College.

El afán por conocer los misterios de las palabras pudo ser uno de los motivos que lo impulsó a trabajar en revistas literarias como *Papeles de Son Armadans* y *Poesía de España*, en la editorial Júcar y en el Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española.

Junto a Jerez, El Puerto, Cádiz, Sanlúcar, Sevilla y otras ciudades andaluzas, Madrid cobra no pequeña importancia en la trayectoria vital y profesional del escritor. Aquí no le faltarán ocasiones de fomentar un valioso rasgo de su carácter: estar permanentemente abierto a la novedad y al conocimiento del mundo a través de sí mismo y de los otros, lo que favorecerá que su círculo intelectual y social nunca se cierre, sino que, al igual que su intensa vida, avance como una onda expansiva. En sus memorias aparecen vívidos los recuerdos de aquel día de septiembre de 1951, cuando llega a la estación de Atocha y el testimonio de su primer trabajo en la Bienal Hispanoamericana de Arte, dirigida por Leopoldo Panero, y que tenía su sede en los bajos de la Biblioteca Nacional. En esta ciudad se encontrará con Carlos Edmundo de Ory, Ignacio Aldecoa, Ángel Crespo, Francisco Nieva y otros muchos escritores. Visita el café Gijón y conoce a los “todavía lozanos exponentes” de la llamada “juventud creadora”: José García Nieto, Rafael Montesinos, Juan Jesús Garcés, Rafael Morales..., a los artistas plásticos Pancho Cossío, Caneja, Cristino Mallo, Quirós, Mampaso..., y a los ya encumbrados que trata en la bienal: Benjamín Palencia, Jesús Ola-

sagasti, Rafael Zabaleta, Gregorio Prieto y José Caballero. Este último ilustraría su libro de poemas *Memorias de poco tiempo* (1954). A su vez el poeta escribirá varios textos sobre la pintura de Pepe Caballero. En Madrid conoce a importantes escritores extranjeros y se reencuentra con sus amigos andaluces José María y Francisco Moreno Galván y Fernando Quiñones, con el que acude a la casa de don Pío Baroja. Cuatro años después de esta visita, asistirá al entierro del autor de *El árbol de la ciencia* en el otoño de 1956, junto con Camilo José Cela, y se encontrará a Hemingway con aspecto de deudo acongojado.

Al cerrarse la bienal en el año 1952, se reincorpora a las clases de Filología Románica, y aunque poco antes habían asistido a las mismas aulas Jesús Fernández Santos, Ignacio Aldecoa, Josefina Rodríguez, Alfonso Sastre y Sánchez Ferlosio, no recuerda haber tropezado allí con ninguno de ellos. A Aldecoa ya lo había conocido en otros ambientes y a Sastre y a Fernández Santos los trató con ocasión de alguna actividad en el Teatro Universitario. Por otra parte, sigue relacionándose con los poetas Luis Rosales y Leopoldo Panero y acude con frecuencia al colegio mayor Guadalupe en el que coincide con los escritores hispanoamericanos Eduardo Cote Lamus, Ernesto Mejía Sánchez, Jorge Gaitán Durán, Ernesto Cardenal, Julio Ramón Ribeyro y Miguel Arteche, entre otros. En sus visitas a los bares de la ciudad, acompaña en ocasiones a Dámaso Alonso, que más tarde lo invitaría a un festejo preparado en su casa en honor de Jorge Guillén.

Los nuevos aires del Ministerio de Educación con la llegada de Ruiz Jiménez propiciaron un congreso de poesía en Segovia —con Dionisio Ridruejo como organizador en la sombra— en el que coincidió con varios escritores extranjeros, como el italiano Giuseppe Ungaretti y con los españoles Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Cela, Panero, Romero Murube y el citado Dionisio Ridruejo. Este último habría de erigirse en su primer preceptor político.

Con Ridruejo compartió muchas y variadas peripecias, desde las conspirativas hasta las carcelarias. Otro referente cultural sería más tarde López Aranguren, con el que contacta gracias a Luis Rosales y Juana Mordó.

En este momento de su trayectoria ha de reintegrarse a filas para cumplir los seis meses de servicio pendientes, como consecuencia de haber abandonado los estudios de Náutica. Esta nueva etapa en Cádiz le depara dos aprecioes inextinguibles: el jazz y el surrealismo. Su fervor por esta corriente literaria lo favorecen la lectura de *Sobre los ángeles*, de Alberti, *Poeta en Nueva York*, de Lorca, *Pasión de la tierra*, de Aleixandre, *Un río, un amor* y *Los placeres prohibidos* de Cernuda, así como la *Antología del surrealismo* publicada por José Albi y Joan Fuster. Cumplido ya su servicio en la Marina, regresa a Madrid. En esta ciudad seguirá desarrollando su actividad literaria, con desplazamientos y estancias en otros lugares, como Francia, Alemania, Palma de Mallorca, Barcelona, Colombia, Cuba y Portugal.

Con su viaje a Francia en 1955, que realiza por mar, el autor considera que en cierto modo culmina el penúltimo tramo de su juventud. Sus callejeos por París le llevan a perderse por el Barrio Latino, por los bulevares de Saint-Michel y Saint-Germain, por los cafés y *brasseries* de más reclamo intelectual como La Copole, Les Deux Magots o Flore y a frecuentar librerías como la de Maspero.

En Alemania visita los lugares por donde deambuló Goethe, y por donde transitaban Marcuse, Adorno o Habermas, que tanta influencia habrían de tener en el pensamiento político de destacados autores españoles. Con algunos de estos escritores se relacionará a finales de los 50 y principios de los 60 del siglo xx en Barcelona, Palma de Mallorca y Madrid. En la ciudad condal, muy encumbrada culturalmente en esos años, lo acogen, entre otros, Gabriel Ferrater, Gil de Biedma y Carlos Barral, este último —además de creador— uno de los más solventes editores españoles de la época y de los más conspicuos

profesionales europeos del ramo. En Palma de Mallorca, por su parte, estaba desarrollando Camilo José Cela una importante labor a través de la revista *Papeles de Son Armadans*, de la que Caballero Bonald fue subdirector. Aparte de ser una tribuna de difusión cultural, *Papeles* convocó en Palma de Mallorca a escritores como Tristan Tzara, Américo Castro, Jorge Guillén, López Aranguren, Blas de Otero y Eduardo Cote. Este último y Jorge Gaitán oficiaron de espontáneos mediadores para que Caballero Bonald impartiera clases en la Universidad Nacional de Colombia. Los años de Colombia fueron decisivos: escribió su primera novela, nació su primer hijo, y, seguramente, plantó su primer árbol. Allí se vinculó al grupo de la revista *Mito*, integrado, entre otros, por Gabriel García Márquez, Pedro Gómez Valderrama, y los mencionados Cote y Gaitán. Allí se adentró en el mestizaje, que ha constituido siempre un factor esencial en su trayectoria vital y literaria.⁶ Esta complejidad comunicativa entre las distintas razas y culturas así como las formas sincréticas de religiosidad las vivirá más intensamente en Cuba. La experiencia cubana le confirma la tesis de que el fenómeno denominado transculturación en los tratados etnográficos actúa como factor de enriquecimiento indispensable del ser humano. En el viaje de 1965 a la isla, invitado por el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos —el ICAP— vive el primer tramo de la revolución triunfante, acompañado en el momento inicial por Juan Marinello, especialista en Martí y militante histórico del partido comunista cubano. Se entrevista con el Che y con Fidel Castro, y recorre —con Nicolás Guillén y Alejo Carpentier— buena parte de la geografía y de la literatura cubana. Por entonces Guillén era presidente de la Unión de Escritores

⁶ José Manuel Caballero Bonald, *Literatura y mestizaje*, Granada, Fundación Caja de Granada, 1996. Recogido en J. M. Caballero Bonald, *Copias del natural*, Madrid, Alfaguara, 1999, pp. 335-346.

y Artistas, y Carpentier ocupaba un puesto de responsabilidad en el Consejo Nacional de Cultura. Allí coincidió también con Blas de Otero, que había publicado en La Habana su libro *Que trata de España*. Caballero Bonald, por su parte, editaría en 1968 *Narrativa cubana de la revolución*. En esta década de los 60, Cuba se erigía en el “paradigma vindicatorio”, en el “aldabón moral que favoreció la asunción de un modelo revolucionario cuyas prácticas iniciales no dejaban de contener muy convincentes formulaciones humanas”.⁷ Desde luego era uno de los referentes fundamentales de mayo del 68.

A Cuba vuelve en otras ocasiones, la última en 1974, que le depararía una experiencia menos satisfactoria. Pero Caballero Bonald nunca ha perdido la conexión con la cultura y con la gente de América. En Madrid acompaña a Borges, cuando llega invitado por el Instituto de Cultura Hispánica y, junto con Fernando Quiñones, Luis Rosales, Ricardo Gullón y otros escritores, le organizarán un viaje a Alcalá de Henares en el que abordan sustanciosas cuestiones sobre literatura, lengua y mestizaje.

Relacionados con la literatura iberoamericana están algunos de los viajes a distintos lugares de Europa, como el que realiza a Génova en 1964, juntamente con Carlos Barral y Alfonso Sastre. En Génova, además del novelista Giorgio Bassani, conoce a un buen número de escritores iberoamericanos relevantes: Guimarães Rosa, Ciro Alegría, Arguedas, Roa Bastos, Asturias, Arreola... A alguno de ellos, como a Arguedas, lo trató bastante, y más tarde, con el descubrimiento de su novela *Los ríos profundos*, le llegó la noticia atroz de su suicidio.

Otro congreso lo conduce a Rotterdam en 1970, y aprovecha para visitar Amsterdam, La Haya y Leiden. José Batlló, que acababa de publicar su *Antología de la*

⁷ José Manuel Caballero Bonald, *La costumbre de vivir*, Madrid, Alfabeta, 2001, p. 444.

nueva poesía española, lo acompañó a las sesiones de Rotterdam, en las que también participaron Tennessee Williams, Vasilis Vasilikos y Wole Soyinka. En 1974 asiste en México a un homenaje a León Felipe, con motivo del sexto aniversario de su muerte; comparte luego con los portugueses la alegría de la revolución de los claveles, y en 1979 se traslada a Polonia acompañado de Alfonso Grosso a un simposio sobre literatura y política en América Latina. En 1980 es invitado por la Universidad de Puerto Rico para impartir varias lecciones sobre su obra novelística. Entre los años 1985 y 1988 tienen lugar nuevas estancias del autor en Estados Unidos. A partir de estos años decrece su ritmo viajero, aunque ello no le impide realizar nuevas salidas al exterior, navegar por la bahía de Cádiz, y trasladarse de Sanlúcar a Madrid y de Madrid a Sanlúcar y Jerez, los centros geográficos sobre los que giran en estos últimos años su vida y su literatura. En Jerez de la Frontera se inauguró oficialmente el año 2000 la sede de la fundación Caballero Bonald, constituida en 1999 y de reconocido prestigio por su labor de difusión de la cultura, sus congresos anuales de carácter internacional, sus premios y publicaciones como las Actas de los Congresos y la cuidada revista *Campo de Agramante*.

Esta trayectoria ha cosechado reconocimientos, aunque, sin duda, no todos los merecidos. Ha obtenido, en efecto, los Premios de Poesía Platero, Boscán y el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, y los de novela Biblioteca Breve, Ateneo y Plaza & Janés, y le han otorgado en tres ocasiones el Premio de la Crítica, dos como poeta y una como novelista. Ha sido nombrado Hijo Predilecto de Jerez, de la provincia de Cádiz y de la Comunidad de Andalucía; ha recibido la medalla de oro del Círculo de Bellas Artes, el Premio Julián Besteiro de las Artes y Letras, y el 30 de enero de 2004 fue investido doctor *honoris causa* por la Universidad de Cádiz.

En su escritura, a las facetas de magistral narrador de ficciones y de prodigioso poeta conviene añadir las de adaptador de obras teatrales y de fino ensayista.

Los primeros poemarios *Las adivinaciones* (1952) —accésit al Adonais—, *Memorias de poco tiempo* (1954), *Anteo* (1956), *Las horas muertas* (1959) y *Pliegos de cordel* (1963) fueron reunidos en 1969 en el libro *Vivir para contarlo*. Tras unos años de silencio, las fuerzas imparables de la imaginación y de la memoria le llevan a publicar en 1977 *Descrédito del héroe*, que mereció el Premio de la Crítica, y en el libro de tan darwiniano título *Selección Natural* (1983) se recogen las muestras más significativas de sus producciones poéticas anteriores. En esta antología el autor revisa y modifica en parte la primitiva ordenación de los poemas, situándolos cronológicamente en el lugar que les corresponde —o debió corresponderles— en cada uno de sus poemarios publicados.

En 1989 sale a la luz *Doble vida*, que constituye una nueva antología, y en 1993 una edición conjunta y revisada de sus libros *Descrédito del héroe* y *Laberinto de Fortuna*. Cuatro años más tarde en *Diario de Argónida* (1997) asistimos a la secreta crónica, que el propio autor delimita entre febrero de 1995 y mayo de 1997, del reencuentro físico y moral con un paisaje mítico, una naturaleza que ya estaba presente en su obra, pero que adquiere aquí el protagonismo que le reclamaba. *Argónida* —aclara el propio autor— es un topónimo ficticio con el que suele referirse literariamente al Coto de Doñana, frente al que vive buena parte del año. En *Diario de Argónida* encontramos desde la exaltación del mar y su proximidad, los barcos y las dunas, la aventura y el naufragio, las aves y las alimañas hasta la reflexión sobre los libros y la memoria. En 1997 publica la antología poética *El imposible oficio de escribir*, en 1999 la de *Poesía amatoria* y en el 2004 *Somos el tiempo que nos queda. Obra poética completa*.⁸

⁸ Barcelona, Seix Barral.

En el campo de la narrativa su primera incursión la constituye la novela objeto de esta edición *Dos días de setiembre* (1962) a la que sigue *Ágata ojo de gato* (1974). Como observa el autor en *La costumbre de vivir*, la novela arranca de unas experiencias muy concretas, que luego se reconducen hacia un foco de referencias preferentemente alegóricas y míticas. Lo que pretende con ese juego de espejos entre lo real y lo irreal, es valerse de un viejo mito: el de la *mater terrae* que acaba vengándose de todo aquel que pretende agraviarla. En *Ágata ojo de gato* la linde entre lo ilusorio y lo verídico puede llegar a ser imperceptible. En síntesis, es la versión mítica del proceso de colonización, de apropiación de un lugar salvaje de la geografía española y la historia de los acontecimientos que, como maldiciones, se suceden en la vida de las personas ligadas a ese proceso. Sin duda, la gran originalidad y belleza conseguidas obedecen a la preocupación del autor porque el lenguaje utilizado equivalga poéticamente a la geografía física y humana en que se enmarca la historia.

Algo parecido sucede en *Toda la noche oyeron pasar pájaros*, Premio Ateneo de Sevilla en 1981. El título reproduce una frase del *Diario de Colón*, del que se inserta un fragmento al comienzo de la obra. La acción transcurre en un puerto del sur, en el que se desarrolla el proceso de una desintegración social, centrada en una familia inglesa trasplantada a ese puerto y ligada a los negocios marítimos. La trama no se sustenta en una única historia sino en un mosaico en el que van ajustándose una serie de piezas referentes a las conexiones de esa familia con la sociedad portuaria.

En la casa del padre (1988) sigue profundizando en los escenarios de las novelas anteriores con nuevas referencias al ambiente andaluz y desarrollando todas las posibilidades expresivas del lenguaje. Como se ha apuntado, no faltan elementos de posible carácter autobiográfico.

Toda la noche oyeron pasar pájaros y *En la casa del padre*, según el propio autor, suponen sendos trasplantes de

una experiencia vivida o imaginada a una experiencia verbal, a una estructura imaginaria: “*Toda la noche* es, por fortuna, más ambivalente, más acuñada con fragmentos contradictorios de la memoria. *En la casa del padre* necesitaba ser más explícita, y no sé ahora si eso me satisface o me incomoda”.⁹

Campo de Agramante (1992) se abre con la siguiente cita del *Persiles* de Cervantes: “Y puesta la mira en aquella montaña, hasta allí fueron adentrándose con los sentidos turbados, y se oía una gran copia de ruidos como juntada de muchos ruidos desparejos, con lo que más que al abrigo de la isla parecían llegar a la confusión del Campo de Agramante”. En la novela de Caballero Bonald se narra una serie de acontecimientos, uno de cuyos sentidos hace referencia al propio título de la novela: un lugar donde reinan el desorden y la confusión. Como explica el autor, un hombre —acosado por una serie de anomalías auditivas— vive un extraño proceso patológico entre la cotidianidad y la alucinación, la rutina y el absurdo. Las intersecciones de la más cruda realidad con las aparentemente demenciales experiencias del protagonista introducen en el relato una agobiante tensión psicológica, de enigmáticos engranajes con la vida cotidiana, donde el normal desarrollo de los hechos queda interceptado por una especie de obcecada vecindad con lo irrazonable. En medio de estos dos espacios narrativos —el ilusorio de la infracción de la lógica y el fidedigno de una localizable ciudad bajoandaluza— aparece y desaparece una serie de personajes que, sin rebasar del todo la frontera de lo insólito, participan de una inquietante complicidad con ese narrador-protagonista, que se nos muestra extraviado entre la equívoca memoria y el presente enfermo; un narrador-protagonista que viene a ser también como el intérprete de un mundo a la vez elemental y caótico, de

⁹ José Manuel Caballero Bonald, *Copias del natural*, Madrid, Alfaguara, 1999, p. 364.

una suerte de parodia social donde el concepto de ficción adquiere su más poderosa relevancia imaginativa.

La ficción tiene también cabida en sus libros de carácter memorialístico como *Tiempo de guerras perdidas* (1995) y *La costumbre de vivir* (2001). El relato de lo vivido sólo adquiere validez, a juicio del autor, “si se ocupan los intersticios de dudas o de olvidos con los materiales de lo verosímil, es decir, con las suposiciones que mejor se acomodan a unos objetivos estrictamente literarios (...) Porque, en última instancia, ¿recuerdo fidedignamente todo lo que yo digo que recuerdo? No, no creo que lo haga en sus justos límites, es más bien como un proceso selectivo de analogías, conjeturas, posibilidades...”.¹⁰ En este sentido, reproduce un poema de Felipe Benítez, que lo considera un compendio de sus reflexiones: “Todo recuerdo adquiere/ un grado de realidad imaginaria,/ pues nada sobrevive en la memoria/ si no es en forma impura de ficción”.

Su interés por la ficción dramática le ha llevado a adaptar obras de teatro clásico, como *Abre el ojo*, de Francisco de Rojas, que fue estrenada en el Teatro María Guerrero de Madrid por el Centro Dramático Nacional en 1978, y *Don Gil de las calzas verdes*, de Tirso de Molina, estrenada en el Teatro de la Comedia de esta misma ciudad por la Compañía Nacional de Teatro Clásico en 1994. Ha adaptado, además, *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega, para la Compañía de Ballet de Antonio Gades en 1995.

Gran conocedor del flamenco, ha realizado valiosísimas recopilaciones y grabaciones de cantes y ha publicado libros como *El baile andaluz*,¹¹ *Cádiz, Jerez y los Puertos*,¹² *Luces y sombras del flamenco*,¹³ además de

¹⁰ José Manuel Caballero Bonald, *La costumbre de vivir, La novela de la memoria, II*, Madrid, Alfaguara, 2001, p. 391.

¹¹ Barcelona, Noguer, 1957.

¹² Barcelona, Noguer, 1963.

¹³ Barcelona, Lumen, 1975.

otros relacionados con algunos de los escenarios de este arte, como *De la sierra al mar de Cádiz*,¹⁴ *Andalucía*,¹⁵ *España: Fiestas y ritos*¹⁶ y *Sevilla en tiempos de Cervantes*.¹⁷ Según testimonios del autor, esta última obra es una de las que más le ha costado construir, pero que no podía eludir por el gran interés que suscitaba en él una ciudad que desde mediados del siglo XVI hasta el XVII “fue la más poblada y populosa de Europa, sólo superada por Londres, París y quizá Nápoles, con una población de 150.000 habitantes a la que no llegaba ni Madrid que, por aquel entonces, tenía el mismo número de habitantes que Sanlúcar de Barrameda”. Nuestro autor se imagina a Cervantes en los garitos sevillanos apostándose el dinero que no tenía, rodeado de vagabundos, pícaros y maleantes, como queda reflejado en *Rinconete y Cortadillo* y *La ilustre fregona*.

Su afición al mar, reflejada en su obra de creación y en sus memorias, tiene una nueva manifestación en *Mar adentro*,¹⁸ que constituye también un homenaje a la literatura, como se manifiesta en el capítulo IV, *Mar, Literatura, Memoria*, que se inicia con la siguiente cita de Ory: “Amo el laúd, el lupanar y el mar”. Caballero Bonald lleva a cabo una travesía lúcida y tonificante por la literatura marina, desde las epopeyas de Homero, pasando por las aventuras de Conrad hasta las de Cunqueiro y Aldecoa, con una especial referencia a *El negrero* de Lino Novás Calvo.

EL COMPROMISO CULTURAL Y POLÍTICO

La actitud de hombre comprometido de José Manuel Caballero Bonald —comprometido con la sociedad, con la lite-

¹⁴ Madrid, Los Libros del Tren, 1988.

¹⁵ Barcelona, Lunweg, 1989.

¹⁶ Barcelona, Lunweg, 1992.

¹⁷ Barcelona, Planeta, 1992.

¹⁸ Madrid, Temas de Hoy, 2002.

ratura y con la vida— le ha llevado a mantener siempre una implacable e impecable crítica higiénica, a la que los poderes fácticos han respondido con la cicatería o con lo que aun es peor, con la privación de libertad y con el silencio. Son los galardones que, con frecuencia, recibe el ingenio.

La política como vehículo de recepción y de transmisión de ideas, y hasta como ejercicio de autoafirmación personal se le activó paulatinamente a raíz de las luchas estudiantiles de 1956, coincidiendo con su regreso de París, donde había vivido por espacio de seis meses. Es entonces cuando se siente arropado políticamente por primera vez, cuando empieza a valorar la eficacia de un grupo de jóvenes con fuertes convicciones ideológicas, que opera en la clandestinidad. Ya había finalizado prácticamente su etapa de estudiante, pero seguía atento a lo que ocurría en el ámbito universitario. Participa, así, con los organizadores de los Encuentros entre Poesía y la Universidad y con los del Congreso de Escritores Jóvenes, que encubría la tentativa de airear un poco los cerrados conductos de la vida cultural española. En esa incipiente agitación estudiantil percibe una mezcla más bien heterogénea de orientación comunista, sindicalismo universitario de izquierda y liberalismo católico. Entre los más activos, aparecen Javier Pradera, Enrique Múgica, Jesús López Pacheco, Ramón Tamames, y por otra parte Julio Diamante, Juan Antonio Bardem o Ricardo Muñoz Suay, vinculados a la revista de cine *Objetivos*.

Esas agitaciones estudiantiles, unidas a las huelgas en diferentes fábricas catalanas y vascas, y la muerte de un joven durante una conmemoración falangista, alentó al gobierno a disolver el equipo ministerial de Ruiz Jiménez y a decretar el estado de excepción. El autor cree recordar que en estas movilizaciones ya andaba entre bastidores Jorge Semprún y recuerda perfectamente que su actividad conspiradora la inició con Jesús López Pacheco. Éste ya se había integrado por entonces en las filas

comunistas, mientras que Caballero Bonald seguía actuando por libre, aunque aceptando, sin ningún requisito previo, ciertas encomiendas del partido, pensando que también así respondía a su cada vez más notoria aproximación al pensamiento marxista.¹⁹

Como prehistoria de lo que bastantes años después serían la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia Democrática considera las reuniones mantenidas con Dionisio Ridruejo, Fernando Baeza y los hermanos Moreno Galván, en las que Ridruejo solía llevar la voz cantante. Al hilo de estos conciliábulos empezó a frecuentar a no pocos activistas políticos, procedentes de diversos campos de la oposición democrática. Por aquellos azarosos intramuros de la historia a veces cruzaban fugitivos de la policía o comisionados extranjeros: Dario Puccini, Claude Couffon, Robert Marrast, Jean Lechner... En aquellas clandestinidades estuvo bastante cerca del Frente de Liberación Popular —el FELIPE— que, como observa Caballero Bonald, “no fue un partido político *ad usum* sino exactamente eso: un frente, un conjunto de tendencias agrupadas a partir de un similar bagaje ideológico o de un mismo fervor revolucionario donde se fusionaban cristianismo y marxismo”.²⁰ Dionisio Ridruejo tildó alguna vez al FELIPE de grupo de comunistas cristianos enfrentados al PSOE, opinión no suscrita por Caballero Bonald. Sus fundadores —Julio Cerrón, Jesús Ibáñez, José Aumente, Ignacio Fernández de Castro y Alfonso Carlos Comín, entre otros— promovieron una vanguardia que atrajo a nuestro autor por lo que suponía de tentativa revolucionaria fundamentada en el análisis marxista de la realidad social. El FELIPE contó con numerosos afiliados muy disímiles: Nicolás Sartorius, Vázquez Montalbán, Juan Tomás de Salas, Jesús Aguirre, Joaquín Leguina y Jaime Pastor. Caballero Bonald se sentía

¹⁹ José Manuel Caballero Bonald, *La costumbre de vivir*, p. 66.

²⁰ José Manuel Caballero Bonald, *La costumbre de vivir*, p. 145.

muy próximo al modelo político propugnado por Comín y es posible que empezase a ser seducido por esa ambigua antítesis de “religiosidad sin Dios” de la que hablaba Norberto Bobbio. En alguna de aquellas juntas conspirativas un día apareció por su casa Ángel González, que había publicado no hacía mucho su primer libro *Áspero mundo*, y con el que coincidiría en varias apreciaciones de la política y de la literatura. Con Ángel González y con otros escritores de Madrid y Barcelona comparte su actitud de oposición al franquismo. A pesar de su relación en Madrid con Juan García Hortelano y José María Moreno Galván, militantes comunistas a la sazón, Caballero Bonald proseguía sin afiliarse al PC, algunas de cuyas tesis morales, le parecían inaceptables. El comportamiento del Partido con Gil de Biedma resulta ilustrador a este respecto. Asiste, sin embargo, a los conciliábulos del café Pelayo de Madrid, que convocaba, entre otros, a Ángel González, García Hortelano, Alfonso Grosso, Antonio Ferres, López Salinas, López Pacheco, Juan Eduardo Zúñiga, es decir, a algunos de los escritores más representativos del socialrealismo o del realismo crítico. Por su parte, en la Barcelona que redescubre entonces se estaban canalizando los supuestos prolegómenos de la *gauche divine*, en la que se alinearían Jaime Gil, Beatriz de Moura, Juan Marsé, Ivonne y Carlos Barral y Rosa Regás entre otros.

A todo esto, la situación general del país seguía siendo bastante desalentadora y los tentáculos de la represión continuaban segregando sus consabidas insidias. Son los más lóbregos tiempos dictatoriales que alcanza a recordar, frente a los cuales no quiere permanecer indiferente. Así, con motivo de las huelgas mineras de Asturias de 1962-63 firma un manifiesto de protesta contra las torturas infligidas a algunos obreros asturianos y participa en una manifestación en la Puerta de Sol de Madrid, en la que es detenido y trasladado a los calabozos. Varios acontecimientos de mediados de esta década de los 60, como la

expulsión de Tierno Galván, Aranguren y García Calvo de sus Cátedras, a los que acompañaron solidariamente José María Valverde y otros represaliados; las manifestaciones estudiantiles, la caída de las bombas atómicas en las aguas de Almería, frente a Palomares, y la política censoria del gobierno frente a éste y a otros acontecimientos reactivaron la conciencia política del escritor. Participa en Baeza en el homenaje a Antonio Machado, y en 1966 ingresa de nuevo en la cárcel por haber participado en un acto en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense a favor de la amnistía, junto con Dionisio Ridruejo, Juan Benet, Alfonso Sastre, López Salinas, José María Moreno Galván y Basilio Martín Patino. Conversa mucho por la galería y por el patio con Dionisio Ridruejo, con el que militó en la Unión Social Demócrata.

En estos años —siguiendo una constante de su trayectoria vital y literaria— Caballero Bonald prefiere la independencia a cualquier militancia que implique algún grado de dogmatismo. Ello resulta perfectamente compatible con su afán en las movilizaciones a favor de la libertad y de la democracia. En este sentido aceptó también los postulados del socialrealismo. La lucha antifranquista —por encima de cuestiones literarias— constituye para Caballero Bonald “el perentorio factor de cohesión entre los componentes natos de ese grupo”.²¹

EL REALISMO CRÍTICO Y *DOS DÍAS DE SETIEMBRE*

La participación de Caballero Bonald en el realismo crítico —denominado también realismo social, realismo dialéctico, realismo socialista o socialrealismo— se debió más a una sensibilidad política y ética que a ninguna convicción estrictamente literaria. No tuvo en principio otras

²¹ José Manuel Caballero Bonald, *La costumbre de vivir*, p. 245.

reservas que las derivadas de un cierto malestar relacionado con la adecuación de sus presupuestos estéticos a las nuevas incitaciones expresivas. Fue él quien eligió incluso fervorosamente ese cambio en los engranajes temáticos de su trabajo creador: “A mí nadie me indicó —escribe el autor— ni creo que ocurriera en ningún caso —salvo injerencias dogmáticas de algún fantoche— en qué campo de operaciones tenía que situar mi obra. También es cierto que mi ausencia de España en la época de mayor auge del socialrealismo, me impidió asistir a esa especie de relaciones ilícitas entre el compromiso político y la actividad literaria (...) Así como nunca milité formalmente en el partido comunista, tampoco obedecía a más consigna literaria que a la que me suministró mi propia y libre voluntad testificadora. Lo que sí me ocurrió en algún momento fue que la excesiva comparecencia testimonial (...) me sometió a una especie de occlusión dialéctica de la que no fui consciente sino al cabo del tiempo”.²²

En declaraciones a Eduardo G. Rico manifestaba ya a comienzos de la década de los setenta que nunca se consideró, como escritor, integrado en ningún grupo profesional, y que el único estímulo que venía movilizándolo su literatura era el del trasvase artístico de sus propias contradicciones personales, “al margen de cualquier otra presunta gestión de orden escolástico”.²³

En las *Memorias* de Carlos Barral se le dedican varias páginas a este movimiento. Señala —como Caballero Bonald— que uno de los acontecimientos cohesionadores del grupo fue el viaje a Collioure, en febrero de 1959, en el vigésimo aniversario de la muerte de Antonio Machado. Allí acudieron, además de los cultivadores del realismo social, pintores, historiadores y dos de los máximos

²² José Manuel Caballero Bonald, *La costumbre de vivir*, p. 247.

²³ En Eduardo G. Rico, *Literatura y política (en torno al realismo español)*, Madrid, Edicusa, 1971, p. 20.

ideólogos de esta corriente: José María Castellet y Juan Goytisolo. Ricardo Senabre ha señalado la admiración que el “realismo crítico” sentía por Antonio Machado, junto a Galdós, Clarín, Baroja, y John Dos Passos y Vasco Pratolini, entre los extranjeros.²⁴

Según el testimonio de Caballero Bonald, el viaje a Collioure alcanzó una considerable resonancia política y fue promovido desde París por Claude Couffon y Juan Goytisolo, con un comité honorífico en el que figuraban Picasso, Sartre, Louis Aragon, Malraux, Simone de Beauvoir y Raymond Queneau. Allí “se preparó sin duda la salida a la palestra de lo que vino a llamarse, no sin alguna mordacidad de alta madrugada, la *operación realista*”.²⁵

En las memorias de Caballero Bonald y de Carlos Barral se les concede un papel capital en la consolidación del realismo crítico a las reuniones en los cafés de Barcelona y Madrid de los escritores más representativos de esta corriente, convocados en muchas ocasiones, en el caso madrileño, por el dramaturgo Alfonso Sastre, otro de los adalides del “neorrealismo”.²⁶ Así, entre los contertulios del café Gambrinus de Madrid José Carlos Mainer menciona a Rafael Sánchez Ferlosio, Juan Benet, Ignacio Aldecoa, Alfonso Sastre y Luis Martín Santos, es decir, “el grupo matriz de la postura neorrealista que iba a hacer furor en la literatura de los años siguientes”.

Por su parte, Caballero Bonald recuerda haber asistido sólo un par de veces a la tertulia del Gambrinus, conducido por Jesús Fernández Santos, y cita entre los asistentes —además de los mencionados, y de Fernández Santos— a Carmen Martín Gaité. Se trata de los “narradores que el

²⁴ Ricardo Senabre, “La novela del realismo crítico”, *Eidos*, 34 (1971), p. 7.

²⁵ José Manuel Caballero Bonald, *La costumbre de vivir*, p. 242.

²⁶ Carlos Barral, *Los años sin excusa*, Barcelona, Barral Editores, 1978, p. 205.

erudito y elegante Antonio Rodríguez Moñino agrupó en su *Revista Española*.²⁷

El grupo de Madrid, según Mainer “va ligado a una significativa batalla política”²⁸ y a la “paralela aparición de grupos similares en Barcelona”, integrados, entre otros, por Lorenzo Gomis, Ana María Matute, Juan Goytisolo, Mario Lacruz, los hermanos Ferrater, Castellet, Barral y Sacristán. Barral rememora otros encuentros que tuvieron una importancia decisiva para el desarrollo del realismo social, como los Coloquios Internacionales sobre la novela celebrados en Formentor en los que intervinieron los escritores Camilo José Cela, Miguel Delibes, José María Castellet, Juan Goytisolo, Juan García Hortelano, Carmen Martín Gaité y Jesús López Pacheco, y los extranjeros Italo Calvino, Robbe-Grillet, Michel Butor, etc. En el año 1959 termina a efectos culturales la guerra civil, según Fernando Morán, “coincidiendo con el primer plan de estabilización, con una cierta apertura hacia Europa occidental (...) y, sobre todo, la emigración, y con la aparición en el horizonte nacional de posibilidades de desarrollo económico, social y político conforme al esquema capitalista”.²⁹

A la difusión del realismo social contribuyeron algunas publicaciones literarias, como *Acento cultural*, *Revista Española*, *Laye*, *Ínsula*, etc. El consejo de redacción de *Revista Española* —fundada por Rodríguez Moñino— estaba integrado por Ignacio Aldecoa, Rafael Sánchez Ferlosio y Alfonso Sastre. Entre los colaboradores —además de los citados— destacan Truman Capote, Dylan Thomas, Ana María Matute, Josefina Rodríguez Aldecoa, Fernández

²⁷ José Manuel Caballero Bonald, *La costumbre de vivir*, p. 472.

²⁸ José-Carlos Mainer, Prólogo a *Tiempo de destrucción* de Luis Martín Santos, Barcelona, Seix Barral, 1975, pp. 10-11.

²⁹ Fernando Morán, “La novela entre el subdesarrollo y la sociedad de masas”, *Cuadernos para el Diálogo*, 15 de junio de 1969, p. 61.

Santos y José María de Quinto, el único, según Alfonso Sastre, que —juntamente con él— “estaría por una literatura ‘social’”.³⁰

Revista Española constituye, según Sanz Villanueva,³¹ el punto de encuentro del núcleo inicial de la corriente neorrealista, mientras que *Acento cultural* reflejaría la coincidencia de los defensores de una postura más crítica. Esta vertiente más radical la representa en Cataluña la revista *Laye*, con redactores y colaboradores como Castellet, Manuel Sacristán, Juan Ferraté, Carlos Barral y Gil de Biedma, y con un propósito de revitalización cultural frente al “ambiente de sumisión, burocratización e integrismo que caracterizaba la práctica cultural y social de posguerra”.³² Los responsables de *Laye* son considerados por Alfonso Sastre como “un grupo de falangistas que, a través de un proceso, deja de serlo y arriba a posiciones marxistas o paramarxistas”.³³

El realismo crítico encontró también cabida en *Ínsula*, *Índice*, *El ciervo*, *La estafeta literaria* y otras revistas cuya línea editorial no coincidía con los presupuestos de este movimiento. *Ínsula* dedica varios artículos al asunto que nos ocupa en la década comprendida entre 1957 y 1967, y acogió colaboraciones de integrantes de esa corriente, como Jesús López Pacheco, José María Castellet y Juan Goytisolo, en cuyo número 146 de enero de 1959, publica el ensayo “Para una Literatura Nacional Popular”.

³⁰ Apud Francisco Álamo Felices, *La novela social española. Conformación ideológica, teoría y crítica*, Almería, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Almería, 1996, p. 169.

³¹ Santos Sanz Villanueva, *Historia de la novela social española (1942-75)*, Madrid, Alhambra, 1986, 2 vols., vol. I, p. 80.

³² J.A. Rafael Millán, “Notas en torno a Laye”, *Abalorio*, n.º 17-18, otoño-invierno 1989-90, monográfico “Laye (1950-1954). Cultura de la resistencia en la posguerra”, p. 9.

³³ Alfonso Sastre, “Poco más que anécdotas ‘culturales’ alrededor de quince años (1950-1965)”, *Triunfo*, Extra sobre “La Cultura en la España del siglo xx”, n.º 507, 17 de junio de 1972.

La teoría sobre la novela social del medio siglo fue difundiéndose desde estas tribunas y consolidándose gracias a historiadores como Gil Casado,³⁴ Gonzalo Sobejano³⁵ y Santos Sanz Villanueva.³⁶ Sobejano reproduce las palabras del “portavoz crítico más madrugador”, José María Castellet, según las cuales los representantes de la novela social hablan desde la perspectiva de una generación que no hizo la guerra, que intenta “superar muchas de las actitudes de los bandos contendientes” y que “busca una voz propia con ahincado esfuerzo, una voz personal que surge preñada de preocupación social y de deseos de paz y libertad”.³⁷

El afán de esa narrativa por mostrar y criticar las injusticias sociales y hacerlas artísticamente inteligibles, resaltado por Gil Casado y Sobejano, es asumido por Sanz Villanueva³⁸ como punto de partida para la definición de la novela social, aunque reconoce que estos presupuestos no son compartidos por otros estudiosos. Badosa hace extensivo el término *social* a toda la literatura³⁹ mientras que Joaquín Marco, tras observar que a menudo se emplea con suma vaguedad ese calificativo, considera que “debemos calificar de novela social únicamente aquella cuyo objetivo sea analizar o mostrar una capa de la sociedad”,⁴⁰ fórmula, a la que Santos Sanz añade “con intención crítica”.

³⁴ Pablo Gil Casado, *La novela social española (1920-1971)*, Barcelona, Seix Barral, 1973, 2ª ed.

³⁵ Gonzalo Sobejano, *Novela española de nuestro tiempo (en busca del pueblo perdido)*, Madrid, Prensa Española, 1975, p. 299.

³⁶ Santos Sanz Villanueva, *Historia de la novela social española (1942-75)*, Madrid, Alhambra, 1986, 2 vols.

³⁷ Apud Gonzalo Sobejano, *Novela española de nuestro tiempo*, p. 304.

³⁸ Santos Sanz Villanueva, *Historia de la novela social española (1942-75)*, vol. I, pp. 148 y ss.

³⁹ Enrique Badosa, *La libertad del escritor*, Barcelona, Plaza & Janés, 1968, p. 41.

⁴⁰ Joaquín Marco, “En torno a la novela social española”, en *Ejercicios literarios*, Barcelona, Taber, 1969, p. 178

Algunas de estas concepciones parecen determinadas por las tesis de Lukács sobre la novela realista⁴¹ y por los presupuestos de la dialéctica marxista.⁴² Para José Domingo, las novelas del realismo crítico se caracterizan por su “disconformidad con el régimen establecido, expresada mediante el planteamiento de los problemas que aquejan con preferencia a una capa social modesta (proletariado o baja clase media), y deseo de ponerles término. Asumen, pues, un claro papel de denuncia y ataque contra la injusticia social, una doble función crítica y demoleadora, que a veces se extiende a estamentos sociales más elevados”.⁴³

En estas definiciones y redefiniciones del realismo social, una de las cuestiones más debatidas ha sido su conexión con los denominados por Eugenio G. de Nora “realistas sociales de preguerra” e incluso con la generación realista-naturalista de finales del siglo XIX. Gil Casado encuentra un nexo de unión entre los novelistas sociales de la República y los del cincuenta, mientras que Sanz Villanueva argumenta que se trata de dos movimientos similares, sin conexión de dependencia, “surgidos, quizás, a impulso de situaciones sociohistóricas parecidas”.⁴⁴ Ignacio Soldevila-Durante ha insistido en esta relación⁴⁵ y Rafael Bosch considera el socialrealismo una “resurrec-

⁴¹ Las tesis del teórico marxista fueron replanteadas por Elio Vittorini en el Coloquio de Formentor, y recogidas y comentadas por Castellet en *Cuadernos del Congreso para la Libertad de la Cultura*, 38, septiembre-octubre 1959.

⁴² Valeriano Bozal, *El realismo entre el desarrollo y el subdesarrollo*, Madrid, Ciencia Nueva, 1966, pp. 110-112.

⁴³ José Domingo, *La novela española del siglo XX*, Barcelona, Labor, 1973, 2 vols., vol. 2, pp. 103-104.

⁴⁴ Santos Sanz Villanueva, *Historia de la novela social española*, I, p. 15

⁴⁵ Ignacio Soldevila-Durante, “La novela social en España: un ajuste de cuentas”, en *Revisión historiográfica del realismo social en España*, número monográfico de *Cuadernos Interdisciplinarios de Estudios Lite-*

ción de la novela treintista”.⁴⁶ Darío Villanueva, que estima sólidamente ratificada la vinculación de la novela social del medio siglo con *La colmena*, de Cela, ve más controvertido el reconocimiento de continuidad respecto a la de los años treinta.⁴⁷ Observa que, a pesar de las comunidades temáticas entre *La turbina* (1930) de Arconada y *Central eléctrica* (1958) de López Pacheco, entre *Con las manos vacías* (1964) y *Los vencidos* (1965) de Antonio Ferrer y *O.P* (1931) de Ramón J. Sender, respectivamente, no hay una tendencia generalizada a prolongar en continuidad hasta los novelistas del medio siglo la línea emprendida por Díaz Fernández, Arconada y Sender, entre otros. Y sin embargo, no faltan razones para ello, como argumenta Darío Villanueva, ilustrándolo con el ejemplo de Corrales Egea, que con quince años publica *Hombres de acero* en 1935, y 25 años más tarde en su segunda novela, *La otra cara* (1960) —aparecida antes en francés que en español— nos proporciona la que valora como “una de las mejores producciones de nuestra narrativa social y política”.⁴⁸

Eugenio G. de Nora, Soldevila-Durante y otros críticos destacan la influencia del neorrealismo italiano literario y cinematográfico, presencia neorrealista que para Corrales Egea⁴⁹ y Barrero Pérez⁵⁰ representa un anacronismo. Darío Villanueva ha documentado las conexiones con el neorrealismo italiano y con el portugués. En este país vecino señala una línea de continuidad similar a la que podía haberse

⁴⁶ Rafael Bosch, *La novela española del siglo xx*, Las Américas, Nueva York, 1971, II, p. 79.

⁴⁷ Darío Villanueva, “La novela social. Apostillas a un estado de la cuestión”, en *El polen de las ideas*, Barcelona, PPU, 1990, pp. 248-269, p. 257.

⁴⁸ Darío Villanueva, *o. cit.*, p. 259.

⁴⁹ José Corrales Egea, *La novela española actual (ensayo de ordenación)*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1971, p. 22.

⁵⁰ Óscar Barrero Pérez, “Interpretación global de un fenómeno: el arcaísmo histórico del socialrealismo”. en *Revisión historiográfica del rea-*

seguido en el nuestro de no producirse la guerra civil. Se asiste, así, en los años treinta, a un movimiento análogo al de nuestra novela social de preguerra, y al propugnado teóricamente en *El nuevo romanticismo*, de Díaz Fernández, que producirá en los años cuarenta en Portugal notables novelas sociales, y que se continuará con “la también llamada ‘generación del cincuenta’ de Vergilio Ferreira, José Cardoso Pires, Urbano Tavares, Augusto Abelaira, etc. Éstos, hacia 1960, tuercen su rumbo ‘neorrealista’ en direcciones parecidas a las que nuestros escritores del medio siglo emprendieron tras la requisitoria de su compañero Luis Martín-Santos”.⁵¹ Observa también Darío Villanueva que “el realismo socialista español encuentra *a posteriori* la teoría en los tratados foráneos de la estética marxista desde una práctica previa”,⁵² y, al igual que Caballero Bonald, juzga más importante que la ideología la radicalización de la protesta intelectual y universitaria.

Otra cuestión fundamental de esta novelística —junto a los temas y las influencias— es la referida al lenguaje y al estilo. Si Nora observa que intentan corregir el “esteticismo” y el idealismo de la generación anterior, lo cual no impide que “cuiden y afinen su prosa”,⁵³ Martínez Cachero subraya el “descuido del estilo”⁵⁴ del realismo social y en un sentido semejante se manifiesta Darío Villanueva.⁵⁵ Sin embargo, en las declaraciones de algunos de sus representantes más significativos no se muestra desatención a los aspectos formales del relato. Para Caballero Bonald, la eficacia social de la literatura se establece a

⁵¹ Darío Villanueva, *o. cit.*, p. 260.

⁵² Darío Villanueva, *o. cit.*, p. 265.

⁵³ Eugenio G. de Nora, *Novelas española contemporánea(1939-1967)*, Madrid, Gredos, 2.ª ed., 1972, p. 263.

⁵⁴ José María Martínez Cachero, *La novela española entre 1936 y 1980*, Madrid, Castalia, 1985, p. 59.

⁵⁵ Darío Villanueva, “La novela”, en *Letras Españolas, 1976-1986*, Madrid, Castalia, p. 30.

partir de su eficacia artística, y para Juan Goytisolo el compromiso del escritor se sitúa “en un triple plano: social, personal y técnico”.⁵⁶ En la narrativa de Alfonso Grosso, como observa el mismo Caballero Bonald, la imaginación verbal es un reflejo de la imaginación temática⁵⁷ y en la encuesta realizada por la revista de París *Les Lettres françaises* en el mes de julio de 1962 a varios jóvenes novelistas, declara el propio Caballero Bonald: “Hace seis o siete años, cuando como tantos otros me desperté frente a la realidad histórica de mi país, quise testimoniar de lo que en ella veía. La realidad española está al alcance de todo aquel que quiera mirarla y comprenderla. He tratado de reflejar esta realidad con la mayor objetividad posible”.⁵⁸ Esta actitud —compatible con el compromiso con el lenguaje— respondía, como explica Juan Goytisolo, al hecho de que la novela cumplía en aquellos años de censura una función similar a la desempeñada por la prensa en otros países como Francia, y el historiador tendría que recurrir a ella “si quiere reconstruir la vida cotidiana del país a través de la espesa cortina de humo y silencio de nuestros diarios”.⁵⁹ Algunos años más tarde, cuando redacta *Disidencias*, constata que la situación no ha cambiado radicalmente y confirma las ideas expresadas en *El furgón de cola*: “...Todo un sector de la literatura española del periodo que examinamos, destaca por su propósito de transformar la palabra en acto, de querer competir con la vida, de hacerse ‘performativa’”.⁶⁰ Los más comprometidos de estos escritores van hacia la vida y hacia la literatura con una actitud de clara movilización.

⁵⁶ Juan Goytisolo, *El furgón de cola*, Ruedo Ibérico, París, 1967. Cito por la edición de Seix Barral, Barcelona, 1976 p. 60, n. 3.

⁵⁷ José Manuel Caballero Bonald, Prólogo a *El capirote y Guarnición de silla*, de Alfonso Grosso, Madrid, Espasa-Calpe, 1984, p. 18.

⁵⁸ Apud José Corrales Egea, *La novela española actual*, 1971, p. 61.

⁵⁹ Juan Goytisolo, *El furgón de cola*, p. 60.

⁶⁰ Juan Goytisolo, *Disidencias*, Barcelona, Seix Barral, 1977, p. 159.

Desde esta perspectiva, y teniendo en cuenta las revisiones historiográficas del realismo social,⁶¹ parece pertinente abordar algunas de las cuestiones planteadas por Caballero Bonald en *Dos días de setiembre*. Conviene, por tanto, ir orillando la tesis de que los escritores de la generación socialrealista descuidaron lo formal y expresivo en beneficio de lo puramente temático. Algunos de los representantes más significativos de este grupo como Juan García Hortelano, Alfonso Grosso, Juan Goytisolo y el mismo José Manuel Caballero Bonald no sólo intentaron transformar el mundo —siguiendo los postulados marxistas en la tesis sobre Feuerbach—, sino también renovar la lengua de la prosa literaria.

Ese es el propósito que persigue Caballero Bonald en *Dos días de setiembre*, por encima incluso de los problemas que se plantean en la obra. Ello no significa negar su conciencia crítica, subrayada por los estudiosos. El propio autor manifiesta que su primera novela no responde de del todo a los presupuestos del socialrealismo, aunque esos “mandamientos fuesen política o humanamente respetables”.⁶²

Los historiadores de la literatura vienen insistiendo, sin embargo, en el carácter social de esta novela. Eugenio G. de Nora⁶³ la valora como una de las novelas cumbres de la época y Pablo Gil Casado la sitúa “a la cabeza de la literatura social”.⁶⁴ Para Santos Sanz Villanueva *Dos días de setiembre* “es un prototípico libro social”,⁶⁵ “se erige en

⁶¹ *Revisión historiográfica del realismo social en España*, en *Cuadernos Interdisciplinarios de Estudios Literarios*, 2ª Época, Tomo 4, n.º 1, Amsterdam, Universiteit van Amsterdam, 1993.

⁶² José Manuel Caballero Bonald, *La costumbre de vivir*, p. 286.

⁶³ Eugenio G. De Nora, *La novela española contemporánea (1939-1967)*, Madrid, Gredos, 2.ª ed., vol. III, p. 340.

⁶⁴ Pablo Gil Casado, *La novela social española (1920-1971)*, Barcelona, Seix Barral, 1973, 2.ª ed. ampliada, p. 291.

⁶⁵ Santos Sanz Villanueva, *Historia de la novela social española (1942-75)*, vol. II, p. 688.

reflejo de una situación social estática”,⁶⁶ “pretende testificar la situación social”⁶⁷ y es “a la vez que una muy real obra social, una novela conseguida”.⁶⁸

La construcción de esta obra supone, en primera instancia —según el propio autor—, la posibilidad de enfrentarse en sus justos términos dialécticos a una parcela de su sociedad nativa que conocía muy bien. La sola posibilidad de que sus incentivos políticos se pudieran canalizar literariamente en esa dirección supuso una buena excusa para que se planteara la redacción de la novela: “Cumplía además de ese modo —escribe Caballero Bonald— con otro objetivo vivificado por las propias exigencias de la lucha antifranquista: el de pasar cierta información privada —no divulgada— a un determinado público lector, ilusoriamente definido por una burguesía ilustrada, una vanguardia obrera o un frente estudiantil insumiso”.⁶⁹ Ese es el contexto político general en el que se inscribe el contexto social de la obra, centrado en un espacio geográfico muy concreto, no especificado, aunque viene asociándose al universo jerezano, y ratificado por el propio autor en sus memorias. Pero el tratamiento esencial de ese escenario, lo desposee de cualquier ropaje costumbrista y lo sitúa —sin abandonar nunca lo real— en un espacio mítico.

En ese espacio viven y son vividas las existencias de una serie de personajes que, sin perder su propia singularidad, reflejan bien a las claras las señas de su clase o grupo social. En el nivel más elevado —el de los terratenientes, hacendados y bodegueros— se singularizan don Andrés, propietario de la finca Las Talegas y de otros muchos viñedos; don Gabriel Varela, dueño de Monterrodilla y enriquecido por el estraperlo; don Felipe Gamero, que ha malvendido

⁶⁶ *Ibidem*, p. 690.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 691.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 700.

⁶⁹ José Manuel Caballero Bonald, *La costumbre de vivir*, pp. 284-285.

los bienes de su familia, y que comparte negocios sucios con don Gabriel, y don Pedro o Perico Montaña, que, además de dueño de la finca de Valdecañizo es gerente y copropietario de la empresa Whyte & Montaña, Cía. Ltda. En el extremo opuesto, en el de “los de abajo”, además del grupo indiferenciado de obreros y viñadores, destacan Paco el Tenazas, Lucas y el cantautor Joaquín “El Guita”. Como grupo singularizado dentro de los humildes considera Sanz Villanueva a los intermediarios: el tendero Ayuso, “El Cuba”, Julián Cobeña y su hijo Mateo, que trabaja de criado de don Gabriel. Elementos de conexión entre los dos estratos sociales pueden considerarse los capataces como Onofre, y sobre todo, Miguel Gamero, que, aunque perteneciente a la clase alta, ha sufrido el empobrecimiento económico por su tío Gabriel y el empobrecimiento moral por los comportamientos no muy ejemplares de los estamentos representados. Por ello, además de ser uno de los personajes mejor matizados de la novela, su perfecto conocimiento de los usos sociales de las gentes del lugar y del entramado de intrigas en las que se mueven, y su escasa conmiseración con casi todos, supera el maniqueísmo en el que podría incurrir esta clase de narraciones. Como tipo literario, Miguel participa del tedio de los románticos —fenómeno casi más insufrible que el dolor— y de la abulia, contra la que intentaban luchar los personajes de las novelas noventayochistas. Pero Miguel no está animado por la energía nietzscheana que propugnaban los del noventayocho. La abulia de Miguel es solidaria de la apatía del resto de sus conciudadanos, que parecen atenazados por las consecuencias de una dilatada posguerra. A Miguel le pesan demasiado el recuerdo de sus años de colegio, los desmanes de su tío Felipe, el invierno del 1937 en el frente de Málaga con Perico Montaña, cuando apenas había cumplido 18 años, y las cartillas de racionamiento de la posguerra: “El recuerdo de la guerra todavía seguía sin sedimentar del todo. De cuando en cuando, bajaba des-

de la sierra como una avalancha de rencor. Una mañana apareció un hombre muerto en una esquina, con una cartilla de racionamiento en blanco enrollada y metida por la boca”. Al volver del frente, a Miguel le dio la impresión de que no valía la pena empezar una carrera. Su tío Felipe tampoco lo animaba, ya que “tal como estaba el cotarro, lo mejor era meterse a ganar dinero en los negocios”. Empieza a trabajar con su tío y comienza también su trato desmedido y constante con el alcohol. Su relación con las mujeres, a partir de junio de 1940, se limita a sus encuentros con Encarna, relación que, como luego comentará, más que en algo placentero se convirtió en “una especie de vengativa escapada hacia no sabía donde”. Su jornada laboral se reduce a unas horas por las tardes en la empresa de Perico Montaña. El resto del día, y de la noche, lo vive ocioso. Con Perico Montaña pasa el tiempo en la empresa, y a veces en el casino, hablando de cosas banales pero también del efecto de la mecanización en el campo y de la revolución de la mano de obra. Por encima de todo, Miguel tiene la depresiva sensación de no ir nunca a ninguna parte. De todos modos, es el único que parece interesarse por los desfavorecidos y esa preocupación le lleva a intervenir para que algunos de ellos logren conseguir trabajo. Pero incluso por esta acción va a sentir remordimiento. Miguel es, en efecto, el nexo de unión entre los adinerados, como el dueño de Montecañizo, y los jornaleros Lucas y Joaquín. Con estos personajes se inicia la narración, cuando son sorprendidos cogiendo uvas en Monterrodilla. El acontecimiento se recordará como un *leitmotiv* a lo largo del relato quizá para subrayar su precaria situación de estos individuos.

Después de ese incidente, Lucas, con una cazadora raída, con la cremallera mohosa, y unas botas de lona, coincide con Miguel en el bar La Perla y le comenta que está en el paro. Miguel le dice que en Monterrodilla andan buscando gente por debajo de las piedras, pero Lucas le explica que

no puede ir allí, porque justamente en ese lugar le soltaron a Joaquín y a él la noche anterior una perdigonada desde el bienteveo cuando iban a coger uvas. Miguel lamenta su continua mala racha y se compromete a hablar con don Pedro Montaña para ver si pueden contratarlos en Valdecañizo. Sobre el suceso de Monterrodilla girará la conversación que más tarde mantendrá Lucas con Lola, la mujer de Joaquín. La situación es complicada y Lucas no encuentra una salida. Así se lo ratifica Piña, asegurándole que el trabajo está igual de mal en todas partes. Piña también ha pasado más hambre que un galápagos, pero se metió en la bodega y así va defendiéndose. Lucas sigue deambulando, reflexionando sobre la falta de trabajo y sintiendo los efectos del hambre: “Tragó salivas varias veces. La saliva remoja el hambre en el estómago”.

La lamentable situación de Lucas aparece aun más acentuada en su amigo Joaquín. Joaquín había llegado al pueblo en 1944, hacía ya más de quince años. Recaló allí como podía haber recalado en cualquier otra parte, después de salir del penal de El Puerto de Santa María y de haberse pateado las diversas trochas de la región: “El alcalde de su pueblo no había querido darle los papeles, pero le hizo la caridad de facturarlos para donde le viniera en gana. La sierra era grande y podía escoger el rumbo”. Joaquín había ingresado en prisión al terminar la guerra civil y allí pasó tres años menos cuarenta días. Necesitaba trabajo y con el salvoconducto de la cárcel no llegaba ni a la esquina, pero el alcalde no estaba dispuesto a concederle la cédula, porque a la gente como él, “hay que escarmantarla, y bien”. Joaquín anduvo dando bandazos, viviendo a salto de mata, hasta que cayó por el pueblo y consiguió un trabajo eventual de mosteador en las faenas de acarreo en las Talegas. Sin ocupación fija, se defendía también con el cante por los ventorros. Joaquín era un buen *cantaor*, descendiente de una casta de hombres duros y enigmáticos, esparteros de oficio, que bajaban de la tierra con

el buen tiempo ofreciendo su mercancía y vendiendo su cante al mejor postor. Al poco de llegar al pueblo se juntó con Lola, cuñada de Vicente Corrales, el capataz de don Andrés en las Talegas. Pero el alcohol ha ido haciendo su efecto en él —al igual que en Miguel— y ya no puede actuar en la última fiesta a la que le invitan. Camino de su casa, rememora la noche anterior en Monterrodilla, y, de forma especial, los dos años largos tiritando de miedo en las trincheras. Recuerda casi toda su vida, “como si de pronto se estuviese proyectando junta sobre el lienzo roto de su memoria, sin solución y sin sentido”. Tiene treinta y nueve años y está hecho un guiñapo. Los continuos reveses y el alcohol lo han convertido, en la plenitud de su existencia, en un ser acabado. Un destino inexorable parece haberse adueñado de su persona y lo va conduciendo a un trágico final. Es el sino de la gente: “la tenemos sentenciada”.

Lola, la compañera de Joaquín, ha sufrido con él buena parte de sus desgracias. Como el resto de los personajes femeninos de la novela, tiene muy escasa intervención, en consonancia con los usos sociales de un mundo patriarcal regido por los hombres. Las mujeres comparten pocas cosas con sus compañeros, excepto la soledad, y no es raro que se levanten de la cama para iniciar sus faenas domésticas cuando ellos llegan a acostarse.

Lola había alquilado con Joaquín una habitación en una casa de vecinos del Angostillo, y allí iban tirando, “unas veces mal y otras peor, según los tiempos”. La habitación era reducida pero tenía una ventana que daba a un callejón. Como su marido, Lola fue con el tiempo dejándose llevar por la desgana: “Ni siquiera se imaginó que existía la posibilidad de luchar un poco contra aquella especie de solapada polilla que le iba carcomiendo de una forma tenaz e inconsciente los débiles puntales del sentir. Lola vegetaba sin apenas darse cuenta de lo que hacía o dejaba de hacer, resignándose instintivamente a su letargo”.

Un papel más decisivo que Lola en la trama de *Dos días de setiembre* desempeña Encarna, un personaje que, al igual que Joaquín, aunque por otros motivos, mantiene una especial relación con Miguel. El tío de Miguel, don Felipe, abusó de ella cuando era muy jovencita. Luego Encarna se casó con Paco Páez, un vivalavirgen que se agarraba a lo que fuese y al que seguramente por eso le decían el Tenazas. A pesar de este casamiento, Encarna continúa siendo la amante de Miguel: “Cuando Encarna hablaba de su marido, parecía que estaba refiriéndose a alguien que conocía de vista. Su marido tampoco parecía darse cuenta de las idas y venidas de Encarna”.

De mejor calidad de vida que Encarna disfruta Consuelo, la mujer del tendero Ayuso. Consuelo Carrasco era sobrina de la primera patrona de Ayuso, una vieja que le había alquilado al montañés un colchón para dormir bajo techado. A Consuelo la preocupan especialmente los devaneos de su hijo, que según Lola, anda con una furcia. La relación de la clase intermedia con los de abajo es tan inmisericorde como la que mantienen los hacendados con los pobres. De hecho Consuelo se niega a entregarle fiado un kilo de habichuelas a la mujer de Joaquín.

En este mundo cerrado y mezquino las mujeres de baja extracción se ven obligadas a ejercer funciones que van desde las de ser criadas de casas ajenas o de las suyas propias hasta realizar otros menesteres envilecedores.

Petra, la empleada de don Gabriel, es una muchacha menudita, de andar tímido y premioso, que se nos presenta con una bata azul y un delantal blanco y el pelo recogido en la nuca. Pero lo que le atraen al viejo rijoso son sus piernas, que las mira “frunciendo los ojos”. Don Gabriel le pregunta a Petra por qué no ha venido su prima Matilde, siendo así que ya la avisó el lunes.

Matilde, en efecto, le comenta en un bar a Rafael que seguramente irá a servir a su casa. Más tarde nos encontraremos a Julián Cobeña con un sobre en la mano para

contratar a Matilde Escobar de parte de don Gabriel. Objeto de la insaciable sensualidad de don Gabriel es Mercedes, la hija de la Panocha. Mercedes baila muy bien, es dueña de una “desconcertada hermosura”, y de sus ojos sale un titilante destello marrón.

Sole, la asistente de Miguel, es una mujer ya metida en años, de limpia apariencia y confiada actitud. Lleva un mandil con peto encima de un vestido marrón de hábito y está preocupada por la vida desordenada con la que se conduce el señorito.

En las reuniones organizadas por los hombres, las mujeres son meros objetos de deseo. Así sucede en la fiesta preparada por Perico Montaña, Miguel, Julián Cobeña y el Cuba, a la que acuden una catalana cuarentona y dos lugareñas de no más de veinticinco años, que las habían sacado de casa de la Chacona.

De las mujeres pertenecientes a las clases adineradas se proporcionan pocos datos. De la esposa de don Gabriel se nos dice que “era delgada y de regular estatura, con el pelo teñido de un pálido tono azulenco”. Cuando en una ocasión el marido pregunta por ella a su criada ésta le dice que ha ido a misa de diez a la Verónica. A Gloria, la hija de don Gabriel, la vemos fugazmente despidiéndose de su padre para ir a almorzar con Tana. Casi al final de la novela volvemos a encontrar a Tana y Gloria que, entre otras cosas, hablan de cine, y vierten opiniones muy negativas sobre *Las noches de Cabiria*.

Fugazmente vemos también a la hija de don Felipe Gamero, situada en el asiento delantero del coche junto a su padre, cuando se encuentran con Rafael. Pero el pensamiento de Rafael está centrado en Matilde, a la que recuerda en la maloliente habitación de una casa de vecinos del Angostillo.

Estos son los principales personajes de una trama que ha sido comparada con la de *La bodega*, de Blasco Ibáñez, y con la de *La zanja*, de Alfonso Grosso. En *Dos días de*

setiembre y en *La bodega* se ponen de relieve, según Sobejano, “la distancia social y moral entre los propietarios y los jornaleros, en ambas se describen las faenas de éstos y los pasatiempos de aquéllos, en ambas un señorito de la clase poseedora despoja a una muchacha humilde de su honra, y en ambas se dibuja un movimiento de protesta...”.⁷⁰

Dos días de setiembre, relacionada también con *La Andalucía trágica*, de Azorín, comparte con *La zanja* de Alfonso Grosso varios de sus principales núcleos temáticos, la analogía en la caracterización de algún personaje y un tratamiento similar del espacio y del tiempo.

Si en *Dos días de setiembre* los problemas sociales se manifiestan a través de la oposición entre dos grupos claramente diferenciados con una capa intermedia que oscila entre los intereses de uno y otro extremo, de modo semejante se articula la dialéctica social de *La zanja*. En ambas novelas se produce una reducción del espacio y una condensación del tiempo. En las dos se desarrolla la trama en un pueblo andaluz: en *La zanja* la acción transcurre en el denominado Valdehigueras; en *Dos días de setiembre*, en un lugar innominado, que, según se ha dicho, seguramente corresponde a Jerez. En *La zanja* el tiempo de la historia se condensa en un día de julio, desde el alba hasta la noche; en la novela de Caballero Bonald los acontecimientos se desarrollan durante los días 13 y 14 de setiembre de 1960.

Las referencias a los momentos sucesivos de esos días y de esas noches, y a fenómenos atmosféricos como el viento, el calor, las nubes y la amenaza de la tormenta van marcando con un poderoso sentido del ritmo la acción de *Dos días de setiembre*. Estructuralmente aparece articulada en dos partes: la primera se desarrolla el 13 de setiembre, lleva como título “Viento de Levante” y está dividida en 12 capítulos o secuencias; la segunda corresponde al “día de

⁷⁰ Gonzalo Sobejano, *La novela española de nuestro tiempo*, p. 426.

autos, el de la fecha, hoy catorce de setiembre de mil novecientos sesenta”, está integrada por 13 capítulos y lleva el título de “La tormenta”.

Esta condensación temporal en dos días no impide que el narrador amplíe la duración desde el citado año de 1960 hasta fechas anteriores a la guerra civil de 1936-1939, con procedimientos como el *flash-back* o la analepsis. Con el *flash-back* alternan la prolepsis o anticipación, el juego de simultaneidades y otros recursos vecinos de los procedimientos cinematográficos, empleados ya por John Dos Passos, y recuperados a comienzos de los años sesenta por Martín Santos, Caballero Bonald, y Alfonso Grosso entre otros.

Caballero Bonald utiliza con gran tino estrategias expresivas como el monólogo interior y el estilo indirecto libre, empleadas ya en la novela moderna por Clarín y Pérez Galdós, aunque vienen asociándose a nombres como Henry James y James Joyce.

En *Dos días de setiembre* Caballero Bonald recurre a distinta tipografía para marcar algunos de estos recursos. Aparecen así escritos en cursiva los distintos monólogos de Miguel Gamero y algunas consideraciones —mucho menos largas— de Joaquín el Guita y de otros personajes. El resto del relato está encomendado formalmente al estilo indirecto de la tercera persona en las narraciones y descripciones, y al estilo directo de los diálogos. En cualquiera de estas modalidades elocutivas la habilidad de Caballero Bonald es sorprendente. La lengua literaria de este autor, en la mejor tradición andaluza de Juan de Mena, Herrera y Góngora, aprovecha todas las virtualidades expresivas del barroco para ofrecernos —tanto en su poesía como en su prosa— textos siempre brillantes, límpidos y estremecedores. Lo afortunado de la técnica expresiva y el prodigio de estos ejercicios de estilo están siempre al servicio de unos problemas profundamente humanos. Esta sabiduría constructiva hace que la simple exposición de las condiciones objetivas de una sociedad rural injusta en *Dos días de se-*

tiembre se convierta no sólo en testimonio sino también en interpelación y denuncia.

Desde la perspectiva actual, Caballero Bonald piensa que esa primera novela tiene algo de contención imaginativa: “Cuando decidí redactarla me sentía moral y crédulamente obligado a contar ciertas cosas de cierta manera, soslayando en parte aquello para lo que no me considero mejor dotado en literatura: para la invención de unos hechos cuyo engranaje con la realidad tiende a ser cuando menos ambiguo. Debido sin duda a mis bien cimentadas convicciones políticas, opté de grado por atenerme con bastante aproximación a esas solemnes pautas de lo que se entiende por testificación histórica”.⁷¹

En suma, unos comportamientos y unas circunstancias históricas —ni cívica ni éticamente admirables— alcanzan categoría artística gracias a la potencia y a la fuerza de una deslumbrante prosa poética. Como en el *Quijote*, la mejor crítica del comportamiento de los duques, la mejor denuncia de los procedimientos innobles reside en la belleza de la construcción y en la nobleza del lenguaje.

FRANCISCO GUTIÉRREZ CARBAJO

⁷¹ José Manuel Caballero Bonald, *Copias del natural*, Madrid, Alfabeta, 1999, p. 360.